

## París, estudios y compañeros

*Tres hombres caminan junto a la ribera del Sena. Dos de ellos son jóvenes, y el tercero un poco mayor. Conversan en voz baja, con sosiego. No hay apenas movimiento en torno. Es muy temprano incluso para la madrugadora ciudad, y una ligera neblina da a los perfiles de la cercana catedral un aspecto fantasmagórico. Faltan aún horas para que amanezca.*

*Los hombres se mueven para no quedarse fríos, pero no se alejan mucho del puente que conduce a Notre-Dame. Esperan. Se oyen pasos y otros dos jóvenes aparecen entre la niebla. Los recién llegados apresuran el paso hasta llegar a la altura del grupo. Los saludos son breves y sobrios. «Sólo faltan Nicolás y Simón», es el comentario escueto y nervioso de uno de ellos. «Tranquilo, Francisco, que llegarán». El tono sereno y sosegado de su compañero parece tranquilizar al más inquieto.*

*El mayor del grupo no ha hablado apenas en los últimos minutos. Esta despedida, junto a un puente, le recuerda a otra muy similar siete años atrás. Pero siente que ahora es distinto. Esta vez hay una pasión, una energía poderosa, una hondura en los vínculos que nunca llegó a experimentar enton-*

ces. ¿O es lo mismo que pensaba antaño? ¿Y si se engaña? ¿Y si algo sale mal? ¿Y si, como entonces, le dejasen solo? Con un imperceptible gesto de disgusto se arrepiente de estos pensamientos. Se ha asomado al corazón de estos muchachos. No duda de ellos, ni de lo que Dios ha hecho en sus vidas. Estos que quedan aquí son sus amigos, sus hermanos, pondría la mano en el fuego por ellos... Esto no va a ser un adiós.

Le sacó de su ensimismamiento el ruido de unos cascos. Entre la niebla aparecen los dos hombres que faltaban. Uno de ellos guía un caballo viejo por la brida. Los pasos del animal retumban en el silencio de la ciudad dormida.

Ha llegado el momento. El que trae el caballo se excusa atropelladamente por la demora, en una mezcla de latín y portugués que ha llegado a serles familiar. Hay un momento de silencio incómodo en el que se miran, como preguntándose: «Y ahora, ¿qué?». Es el mayor el que toma la iniciativa, y va abrazando uno a uno a los seis jóvenes, cambiando frases que ocultan la honda emoción que embarga a todos. «Pronto, muy pronto». «Sí, en Venecia». «Cuidese mucho, y restablézcase bien, que le estaremos esperando». «Dígale a mi madre que soy muy feliz», pide en voz bajita el más joven. «Alfonso, le contaré todo lo que quiera saber, no te preocupes». Acompaña la sentencia con una cariñosa palmada en la nuca, y el muchacho traga saliva para no llorar, abrumado por la doble emoción de una despedida y el recuerdo de la familia distante.

Ya no queda más que hacer. Rezan una oración en voz queda. Al fin sube al caballo. A la mayoría les sorprende su destreza para montar. Se da cuenta de la mirada de sorpresa, y piensa con un punto de divinidad reivindicación: «Hay cosas que no se olvidan nunca». Un último saludo: «Nos veremos entonces en Venecia, Dios os bendiga», y se aleja, a paso ligero.

Miran hasta que la niebla se lo traga y aun entonces siguen en silencio, escuchando los cascos que se alejan. Al fin, los ruidos del río y de la ciudad que empieza a despertar apagan los últimos ecos del amigo partido. No hablan de ello ahora, pero sienten que quedan un poco huérfanos sin este hombre que les ha unido. El grupo se dispersa, cada quien dispuesto a comenzar la jornada. No ha amanecido aún en París.

Estamos en la primavera de 1535. Han pasado siete años desde que llegara Ínigo, dispuesto a estudiar. Un largo tiempo ha durado esta etapa parisina. De aquí sale ya Ignacio, el maestro Ignacio, y en la ciudad deja un grupo de compañeros que comparten su sueño, enamorados profundamente del mismo Dios de Jesús, que un día le sedujo a él, y dispuestos a marchar con él a Tierra Santa. Al fin el proyecto largamente acariciado va tomando forma. Su salud está quebrada, y por eso debe volver a su tierra por unos meses. Pero no puede dejar de darle gracias a Dios, que pone en su corazón la certeza de que ahora, por fin, todo marcha bien. Ignacio cabalga contento.

### Ignacio de Loyola, nunca solo

Los años de Íñigo en París son un período crucial en su vida y su trayectoria. Lo que hasta aquí habían sido intuiciones, intentos, búsquedas, empieza a cuajar. Todavía faltan algunos pasos, años y caminos inciertos. Pero es en París donde la figura admirable del peregrino Íñigo se convierte en Ignacio de Loyola. Es aquí donde un grupo de hombres, reunidos por él, echarán a andar, sin saber aún que con ellos está naciendo una orden religiosa que pronto tendrá un papel trascendental en el panorama eclesial europeo.



### Vida de estudiante

Consiguió estudiar. Lo que no había podido hacer en Alcalá ni en Salamanca, finalmente lo alcanzará en París, aunque no llegue a completar su programa en teología, que tendrá que continuar en Venecia. Quiere recuperar el tiempo perdido. Los primeros diez meses se dedicará a estudiar gramática, en el colegio de Montaigu. Quiere pulir lo aprendido con el maestro Ardevol en Barcelona. Sabe que el dominio del latín es imprescindible para después poder dedicarse con profundidad a otras disciplinas, y no quiere que el idioma sea un inconveniente. Ha aprendido la lección, y sabe que si verdaderamente quiere formarse tendrá que poner todos los medios con disciplina y buen criterio. El colegio de Montaigu es una institución que, con una metodología exigente

le resulta de gran ayuda para ponerse a la altura de sus compañeros en el uso suficiente de la lengua. Es algo imprescindible si quiere aprovechar después un estudio más sistemático de filosofía y teología.

¿Cómo financiarse? Tiene claro, después de sus anteriores incursiones en el mundo académico, que no puede estar dedicado a demasiadas actividades a la vez. Si se dedica a recoger limosna para poder mantenerse, eso le quitará un tiempo precioso. Sus amistades barcelonesas han quedado en enviarle dinero. Y lo hacen. Una buena suma para que viva el primer año. Se dispone entonces a lanzarse a los estudios de cabeza.

Pero en todas las épocas hay que ser cuidadoso con los ahorros. Íñigo sabe que conviene tenerlos a buen recaudo, y por otra parte siente cierta incomodidad teniendo en su habitación demasiado dinero. Tal vez, acostumbrado a vivir sin reservas, sin más que lo estrictamente necesario, y a menudo ni siquiera eso, le resulta ahora extraño encontrarse bien provisto. Prefiere que otro lo guarde. Tal vez así no tenga esta sensación de opulencia que ahora le molesta. En la posada en la que se ha instalado viven bastantes estudiantes. Uno de ellos, compatriota suyo, le parece de fiar, así que le pide que tenga el dinero a buen recaudo. El otro acepta, ufano y solemne, satisfecho por ser merecedor de tanta confianza por parte de este recién llegado cortés y devoto. Acuerdan que Íñigo le irá pidiendo cantidades pequeñas cuando tenga pagos que hacer y, si bien no lo plantean estrictamente en términos económicos, si el otro pasa algún apuro Íñigo le ayudará. Conocer a personas, esta vez Íñigo ha elegido mal. Durante

semanas la cosa va bien, pero a fines de marzo, un día que le pide a su «cajero» dinero para pagar la estadía en la posada se encuentra con la mirada culpable y avergonzada del joven. No hacen falta demasiadas explicaciones. Debiera haberlo sabido. La vida dispensada del muchacho, sus frecuentes salidas, la forma en que últimamente se comportaba de un modo huidizo, evitándolo, todo eso que debiera haber observado con más detenimiento tendría que haberle puesto sobre aviso. O tal vez lo vio venir, pero prefirió dar una oportunidad al chico. Ahora no queda nada. La generosidad financiada con dinero ajeno ha permitido al mozo vivir unos meses el sueño del gran señor, jaleado por amigos de ocasión y compañeros de correrías. Ahora a todos les toca despertar.

Íñigo se queda perplejo. ¿Cómo puede ese insensato haberse gastado en menos de dos meses los ahorros que debieran haber servido para vivir con tranquilidad durante un año? De nada sirve lamentarse ni recriminar. No puede pagar el hospedaje. Tiene que recoger sus exiguas pertenencias y abandonar la habitación. No se enfada. Tal vez está hecho para vivir con poco, y esto le resulta sólo un contratiempo. Cuando sale de la posada pasa a despedirse del compañero causante de su desgracia, pero su estancia está vacía. A veces la vergüenza y la culpa no quieren testigos.

Se ve de nuevo en la calle. Apenas ha empezado las clases. ¿Qué hacer ahora? De entrada, lo que le queda a quien nada tiene. Acogerse a la beneficencia. El Hospital de peregrinos de Santiago es la solución para un estudiante en bancarrota. Allá se dirige Íñigo.

Piensa que tal vez sea esta la señal de que debe volver al limosneo diario. Pero pronto se da cuenta de que, entre el tiempo que le roba la mendicidad, y lo que tarda en recorrer la distancia que media entre el hospital y Montagu se le va el día. Esa es una lección que no necesita que le repitan. No puede desperdigarse en mil actividades. Empieza a buscar un trabajo de criado. En este mundo académico es frecuente que doctores y maestros —muchos de estos últimos alumnos de cursos avanzados— tomen como ayudante o criadillo a algún estudiante de cursos bajos. Íñigo busca un trabajo así. Pero es muy mayor. Nadie le quiere contratar, ya sea por viejo, por débil o por serio. Así que esa puerta se le cierra también.

Se siente inquieto. Así no puede ser. Ya se imagina viendo pasar los años sin aprovechar sus estudios... Lo comenta con uno de sus conocidos de la posada, que conocedor de su situación, le convida a comer de vez en cuando, lo que no supone mucho gasto, ya que Íñigo se ha acostumbrado a mantenerse con poco. Más veterano en París, y buen conocedor de las estrategias estudiantiles, su interlocutor le propone una solución que no parece descabellada: «Vete a Flandes y consigue allí el sustento». No es una propuesta baladí. Dedicar unos meses a conseguir dinero donde están los comerciantes españoles ricos. Son buena gente, cristianos piadosos dispuestos a sufragar los gastos de la carrera clerical de un compatriota. Muchos estudiantes viven así. Íñigo no lo piensa mucho. La idea le parece acertada. Así que allá parte, al final de ese primer verano, en dirección a Flandes. Al llegar a Brujas se queda sorprendido por

la belleza y riqueza de esta ciudad de mercaderes. En nada tiene que envidiar al dinamismo y la efervescencia de Venecia, se dice este viajero infatigable, que si bien sabe detectar de las ciudades su cara más oculta y herida, también conserva, de su educación cortesana, la sensibilidad para apreciar los indicios de gusto y refinamiento.

Y allá se lanza a buscar ayuda. Si queremos describirlo en términos contemporáneos, no va a mendigar, sino a buscar una beca. Una buena subvención que pueda venir de la largueza de alguno de estos mercaderes acomodados. No ha de ser difícil conseguirla. Estos hombres acaudalados tal vez se sientan más cerca del cielo pagando la formación de un hombre de Iglesia. No ha de sorprendernos esta mentalidad propia de una época en que la salvación también se compra y vende en forma de bulas e indulgencias. No es de extrañar, conociendo a Íñigo y su manera de conversar en cuestiones de Dios, que pronto se gane el favor de alguno de estos negociantes. Con bastante facilidad obtiene recursos que le han de bastar para todo el año. Durante tres veranos viajará así: dos veces a Flandes, y una a Londres. A partir de ahí ya habrá conseguido un patrocinador fijo, Juan Cuéllar, que le envía dinero puntualmente a París, evitándole la penuria y favoreciéndole una vida estable. En realidad no sólo le está pagando los estudios y la vida a Íñigo, que con mucho menos se arreglaría, sino a otros muchos estudiantes a quienes este ayudará. Pese a un comienzo desastroso en lo económico, pronto su horizonte queda resuelto por ese lado.

Estos episodios parisinos nos van a permitir comprender algo sobre la pobreza ignaciana. Si en otros momentos hemos visto a Íñigo dispuesto a vivir sin nada, y rechazando repetidamente cualquier seguridad, ahora sin embargo acepta que, en orden a poder estudiar, ha de asegurarse unas condiciones de vida suficientes. En esa evolución, que seguirá siendo fundamental en su itinerario, podemos vislumbrar algunas características de la pobreza en la espiritualidad ignaciana.

Hay muchas formas de vivir la pobreza. Hay un tipo de pobreza que no es buena. Es la de quienes se ven privados de lo elemental para vivir, y con ello sufren carencias básicas, lloran lágrimas de rabia y de impotencia, ven morir a los suyos... Contra esa pobreza luchamos. Ayer y hoy. Siempre. En nombre de y con aquellos que tienen derecho a unas condiciones de vida dignas. Tristemente es una pobreza que se multiplica, que cambia de rostro y de forma, pero no encontramos la forma de que desaparezca. Es un monstruo de mil cabezas, que hoy se llama hambre y mañana intemperie, hoy muerde a niños de ojos grandes y estómagos hinchados, y mañana lanza a sus víctimas a los caminos, a las pateras, a las vallas que trazan, crueles, las líneas entre la rendición y la esperanza.

Hay otra pobreza que uno abraza. Tiene algo de libertad en cuanto te permite no vivir encadenado. Mucho de búsqueda de lo esencial, en cuanto educa la mirada, la vida y el corazón. Es la pobreza de quien, agradecido, no exige. Tiene que ver con el seguimiento de Jesús, un Jesús que también fue pobre y se rodeó de gente sencilla. Y con la sensibilidad para percibir las

diferencias, y tratar de vivir sin cerrar los ojos a ellas, zambulléndose a veces en medio de quien las sufre con más rigor. Siempre se define como austeridad, y a veces cobra la forma de una pobreza extrema.

El caso de la espiritualidad ignaciana, aquella que viven (o tratan de vivir) los herederos de san Ignacio, empezando por los jesuitas, se empieza a comprender a la luz de estos episodios parisinos. Es una pobreza que acepta tener bienes, siempre y cuando estén al servicio de una misión. Este Ignacio que se está formando descubre que no puede hacerlo ahora con la intensidad de su época peregrina. Entiende que necesita medios en orden a que el bien que quiere hacer pueda ser mayor. Ahí hay una clave; una posibilidad; y una trampa si no se viven bien esos pasos. La pobreza que va entendiendo y aceptando es una pobreza tamizada por el objetivo que se persigue: el bien de las almas. Una fuente de tensión y de constante revisión. Una oportunidad, un modo de vida, un lugar de encuentro y una responsabilidad.

En cuanto a los estudios, una vez zanjado lo económico, por fin conseguirá Íñigo aprovechar bien su tiempo de formación. Diez meses pasa estudiando latín y retórica en Montaigu, y cuando se considera preparado se dispone a pasarse a los estudios de artes y filosofía.

El colegio de Santa Bárbara será su elección. No imaginemos un proceso de selección y acceso a las universidades como los que hoy en día estremecen a muchos antes de lanzarse en las garras de la burocracia

académica. Íñigo sólo tiene que encontrar un maestro que esté dispuesto a admitirle entre sus discípulos. El maestro es, entonces, el que apunta al estudiante en su lista y desde ese momento se convierte en su protector y su valedor ante autoridades académicas. Con el maestro se vive, se come, se asiste a sus lecciones... ¿Quién podría ser el maestro de Íñigo? Pregunta de nuevo a sus conocidos, y le hablan de un doctor que proviene de la diócesis de Sigüenza que tal vez pueda acogerle. Se llama Juan Peña y se le conoce por su seriedad. Acostumbra a tener varios estudiantes, y en este momento alguien ha oído que estaría dispuesto a recibir alguno nuevo.

Se acerca el comienzo del nuevo curso. Estamos a finales de septiembre de 1529 cuando Íñigo va a buscar a Juan. La conversación es breve. Va al grano. Quiere estudiar firme. Sabe que Peña es un buen maestro. Está dispuesto a aprovechar el tiempo. Se defiende suficientemente en latín, y puede pagar lo que el otro estipule por los estudios y mantenimiento. El maestro acepta. «El primero del próximo mes. En mi estancia de Santa Bárbara. A mediodía».

Dicho y hecho, un primero de octubre Íñigo entra en el ruidoso colegio llevando un hatillo con sus libros y papeles. Pregunta por la estancia de Juan Peña, y le indican unas escaleras que le conducen, pasando entre hordas de estudiantes, hasta la tercera planta. Hay en los pasillos la algarabía propia de un comienzo de curso, del reencuentro de amigos que durante meses no han tenido noticias unos de otros, de esos primeros días de chanzas y risas que anteceden a la rutina y la seriedad

del trabajo. Íñigo se alegra al percibir que a medida que asciende el bullicio se atempera. Le sorprende el tamaño del edificio, que desde fuera no pareciera tan lleno de recovecos. Otro estudiante le acompaña hasta la puerta que busca. El maestro está dentro. La estancia es mayor de lo que esperaba. El mobiliario es austero, de apariencia recia, y el local está ordenado, lo que le causa buena impresión. Hay en la habitación huellas de otros estudiantes, e Íñigo se pregunta con quién le tocará vivir. Juan Peña le recibe de modo sobrio, pero cordial. Le señala un jergón y un arcón donde podrá colocar sus cosas. Intercambian algunos comentarios prácticos acerca del lugar, horarios y otras consideraciones que puedan resultar útiles al recién llegado. Después Peña se acerca a la mesa y se inclina sobre un fajo de papeles. Rebusca entre ellos y saca uno donde se pueden distinguir, en pulcra caligrafía, varios nombres. Le mira y pregunta con cierta solemnidad, como queriendo remarcar lo significativo del momento: «Estrá bien, vamos a formalizar esto. ¿Cómo te debo inscribir en mi lista?». Hay un momento de breve vacilación. «Ignacio. Ignacio de Loyola».

¿Qué le movió a este cambio? ¿Devoción al santo obispo de Antioquía? ¿Era conveniente latinizar su nombre, que provocaba algunas confusiones para los trámites universitarios? ¿Intentaba buscar un nombre más universal, como expresión de una ciudadanía sin otra raíz que el evangelio? Es difícil saberlo. Pero aquí abandonamos a Íñigo. Desde ahora será ya para siempre Ignacio, nuestro peregrino.

El maestro se concentra en su lectura e Ignacio va

colocando con pulcritud sus pertenencias en el arcón cuando entran en la estancia dos estudiantes, que interrumpen su conversación al ver al recién llegado. Uno de ellos le mira con simpatía. El rostro del otro permanece indescifrable, y examina al nuevo compañero con una mirada escrutadora que no deja adivinar sus pensamientos. Peña les introduce: «Ignacio, comparás esta estancia con Pedro Fabro y Francisco Javier». Se saludan.

### Busca compañeros

Desde que volviera de Jerusalén Ignacio siente que su deseo de ayudar a las ánimas ha de multiplicarse al hacerlo junto a otros. Otros hombres que, como él, puedan dedicarse a proclamar el evangelio de este Jesús pobre y humilde a quien cuanto más conoce más ama, y cuanto más ama más quiere seguir.

Su primer intento ha fracasado. Calixto, Arteaga y Cáceres, a quienes en vano espera en París desaparecen del horizonte. Al principio les escribe. Les anuncia que ya pueden venir, que hay condiciones suficientes para que estudien todos... Pero no hay respuesta. Cuando finalmente se da cuenta de que no vendrán, Ignacio siente dolor. No es exactamente que lo tome como algo personal. Tampoco que se sienta abandonado o traicionado; tal vez sí algo defraudado. Después de todo han compartido años, estudios, cárcel y apostolado. Pero sobre todo es el suyo un sentimiento de pérdida, la sensación de haberles fallado a esos muchachos generosos,

a quienes, sin embargo, no ha sabido transmitir con hondura suficiente esta pasión que a él le consume. Las noticias que algunos paisanos le traen acerca del rumbo que van tomando las vidas de sus antiguos compañeros le entristecen. Y algunas preguntas le marillearán durante semanas: «¿Podría haberlo hecho de modo distinto?». «¿Debí cuidarlos más?». «¿Qué va a ser ahora de ellos?».

Pero Ignacio no es hombre que se siente a lamentarse por las heridas. Su historia le va enseñando que no hay fracaso, sino aprendizajes. Siente responsabilidad. Parte de su misión de ayudar a los prójimos pasa por contagiar, iluminar otras vidas con esa luz que es para él resplandor en algunos momentos de oración tranquila. Por eso, aunque durante este tiempo de estudios no quiere desarrollar una intensa labor apostólica, sin embargo decide seguir compartiendo esta pasión por el Dios de Jesús con otros, que a su vez puedan transmitirlo a muchos más. Así, siente, trabajaremos por el reino de Dios.

Tras la decepción de los compañeros hispanos pronto se encontrará Ignacio en contacto con algunos jóvenes atraídos por la alegría tranquila y la fe viva que descubren en él. Los domingos pasa la mañana en el convento de los Cartujos, conversando acerca de cuestiones espirituales con estudiantes que, en ese diálogo encuentran un tipo de enseñanza que toca sus vidas de una forma muy real. Los consejos y las inquietudes de Ignacio les sacuden más que las sumas y los tratados que pueblan sus horas de estudios. Son hombres inquietos que necesitan que alguien les acompañe, les

oriente, les hable de Dios o les ayude a seguirlo. Ignacio, que duda sobre si habrá transmitido una pasión insuficiente antes, ahora se va al extremo opuesto. Durante esa etapa en la que todavía estudia latines en Montaignu y vive en el albergue de los peregrinos, tres estudiantes muy brillantes, Juan Castro, Pedro Peralta y Eduardo de Elduayen, quedan fascinados por el evangelio que les descubre. Hacen los ejercicios y tal es la transformación que experimentan que dejan todos sus bienes y comodidades, sus colegios y se van a vivir con Ignacio al Hospital de Santiago, mendigando para ganarse la vida. El escándalo es mayúsculo. Hay quien le hubiese despedido por meter ideas tan excesivas en la cabeza de estos muchachos. Llega a haber intentos de agresión por parte de los amigos de Castro y Peralta. Y don Diego Govea, rector del colegio de Santa Bárbara donde estudia Elduayen, amenaza con castigar públicamente a Íñigo. Afortunadamente, con Govea llegará a fraguar una gran amistad, como suele pasarle a Íñigo con bastantes de sus detractores, que cuando lo conocen personalmente encuentran una persona bien distinta de la que se figuraban. Un tal Pedro Ortiz, pariente de Peralta, vuelve a acusarle de herejía ante la Inquisición, aunque esta vez ni siquiera habrá proceso. Íñigo va a hablar con el inquisidor, y este, después de escucharle, no le vuelve a llamar.

Los tres jóvenes son brillantes y de carreras prometedoras, y sus amigos no pueden comprender esta súbita transformación en sus vidas. ¿Acaso van a tirar sus estudios, sus futuros y sus carreras a un cenagal? La situación es problemática. Por una parte el radicalismo

—ya hemos hablado de él— tiene que encontrar una forma de concretarse. Por otra parte, ¿cuál ha de ser la concreción más adecuada? Es el eterno dilema. Entre dos bienes. Entre varios caminos. Entre distintas posibilidades... ¿Cómo elegir?

Los amigos, con ánimo irritado, llegan a secuestrar a Castro y Peralta para hacerles abandonar su estrepitosa aventura. Íñigo escucha las razones de quienes protestan. Habla con los jóvenes. ¿Tal vez nos hemos precipitado? En las voces que le hablan de la conveniencia de que estos muchachos terminen sus estudios antes de decidir nada reconoce sus propios razonamientos acerca de la importancia de aprovechar el tiempo parisino. Se pregunta si tal vez hay otro camino. Se da cuenta también de que las decisiones han de tener en cuenta el contexto. El hombre impulsivo, que se lanzó un día a los caminos, va adquiriendo, en episodios como este, una sabiduría distinta, con un punto de pragmatismo, un punto de sensatez, y siempre inquietud evangélica y apostólica. Deliberan juntos. Tratan de atinar en sus opciones. Finalmente toman una decisión. Los tres jóvenes volverán a sus rutinas, y cuando terminen los estudios verán adónde les llevan sus propósitos. Al final, tampoco estos compañeros serán los que se lancen a los caminos con Ignacio.

Vemos en estos episodios a un hombre inquieto, deseoso de transmitir algo bueno. Un hombre a quien, en ese intento, no le importa moverse entre lo sublime y lo ridículo. Como cuando, sabiendo de un estudiante que está en amores ilícitos con una mujer, le espera bajo

un puente, metido en el río helado, y al pasar el enamorado le grita desde abajo, como si fuera la voz de su conciencia, diciéndole que él está en el agua gélida para purgar el pecado del otro que se está enfangando. ¿Es leyenda o es un episodio cierto? ¿Es coerción afectivo-religiosa o es el deseo de despabilar a un mozalbete que está malgastando su vida? La verdad es que a medida que pasen los años iremos descubriendo a un Ignacio que a veces tiene conductas pintorescas, pero siempre orientadas a tocar el corazón del otro. Y de hecho, el episodio sirve para que el muchacho abandone esa relación que le está apartando de su vida y sus estudios, y vuelva a una normalidad que se le escapaba.

Vemos también al apóstol deseoso de proclamar el evangelio cuando recibe una carta de aquel compañero de posada que le había dejado sin blanca. Resulta que está enfermo en Rouen, a unos ciento cincuenta kilómetros de París. Allí se ha quedado en su camino hacia la costa para embarcarse y volver a España, pues definitivamente ha arruinado sus estudios. Se ve que, entre la gente que ha tratado en París, y pese al descalabro que le ha provocado, confía más en Íñigo que en sus compañeros de correrías, y por eso le escribe contándole su situación. Íñigo ve la ocasión de mostrar claramente la gratuidad del perdón, y ¿por qué no?, la ocasión de ganar el corazón de un hombre, que, está seguro, debe reaccionar ante un ejemplo de misericordia y cuidado. Así que allá se va, y a pie recorre el trayecto entre París y Rouen, donde cuida del enfermo hasta que puede dejarlo de nuevo en camino. La siembra está hecha, y que Dios recoja lo que brote aquí.

En definitiva, Ignacio en París busca compañeros. Sabe que el ser humano, cuando se asoma a la riqueza y la verdad que Dios transmite, es capaz de reconducir su vida. E intuye que esto merece la pena. Por eso, aunque limita mucho más otras actividades apostólicas, no quiere dejar de conversar o de compartir los ejercicios espirituales con algunos de sus compañeros y maestros.

### «Amigos en el Señor». La amistad y sus honduras

Tras estos intentos baldíos, tras esos encuentros que le dejan a veces confundido, inquieto, ilusionado o defraudado le toca seguir buscando. En el momento en que se encuentra con Fabro y Francisco Javier, en esa estancia alta del colegio de Santa Bárbara, no intuye que acaba de conocer a quienes van a compartir su proyecto hasta la muerte.

De hecho, entre Fabro e Ignacio pronto se manifiesta una sintonía grande. Este estudiante saboyano tiene 23 años cuando se conocen. Proviene de una familia sencilla, de ganaderos bastante acomodados, y sólo su gusto por lo espiritual le ha sacado de un presuntible futuro rural pastoreando los rebaños familiares. Es un joven que tiene cierto talento natural para las relaciones personales. Delicado en el trato, sereno en la conversación. Un hombre bueno. Como alumno está terminando el programa de artes, de modo que puede ayudar a Ignacio que comienza el suyo. Cuando en



1530 consiga su título de maestro se convertirán en un par curioso: el joven experto en artes, ayudando a Ignacio con sus estudios, y el maduro maestro en las cosas de Dios, compartiendo su sabiduría con el muchacho. Y así transcurren muchas veladas, entre conversaciones que invariablemente derivan de contenidos filosóficos a meditaciones espirituales —hasta tal punto que tendrán que poner ciertos límites a la devoción para que no se les vayan las horas en ello—. Empieza a surgir una amistad profunda. El joven descubre en Ignacio un interlocutor distinto. Alguien que entiende bien sus propias luchas.

Fabro tiene enormes escrúpulos ante sus tentaciones contra la castidad, que observa desde niño. ¿Qué no va a saber Ignacio de los escrúpulos, él que pasó tantos meses en Manresa sumido en la tristeza por su incapacidad para perdonar su propia limitación? Así que suavemente va ayudando al saboyano a cambiar la mirada, a volver los ojos a Dios, y descubrir en Su perfección la clave para la virtud propia. El saboyano hace la primera semana de los ejercicios. Las conversaciones pasan a otros temas: el futuro, los posibles caminos que Pedro puede elegir.

Esta amistad, así descrita, puede parecer un proceso rápido. Sin embargo, no lo es. La confianza va creciendo con calma. Sólo cuando llevan tres años de conversaciones y confidencias, y cuando ya el discípulo está cautivado por el Dios que su maestro le ha ayudado a descubrir, Ignacio le habla de su proyecto de peregrinar a Jerusalén. Lo que antes hiciera al poco de conocer a sus interlocutores, ha aprendido a dejarlo madurar. De



ese modo Fabro puede sentirse atraído o no por esa vida peregrina, pero, en todo caso, su entrega a Dios no se tambaleará. De algún modo Ignacio ha aprendido una lección sobre la importancia de dejar que cada persona encuentre su camino. Para eso ha preparado a Fabro, para que pueda escoger.

Se siente dichoso cuando la reacción del saboyano es de entusiasmo. ¡Claro que quiere compartir ese proyecto! Está seguro. Su corazón se lo dice. Y su cabeza. Y sus vísceras.

El año 1534 será crucial para Fabro. En ese año completará finalmente los Ejercicios Espirituales. Ignacio ha esperado mucho tiempo antes de lanzarle a la plenitud de esta experiencia única. Los ejercicios forman definitivamente al joven maestro. En mayo se ordenará como sacerdote, y tres meses después celebrará su primera misa.

Con Javier la relación será muy diferente. También tiene 23 años cuando se conocen. Es un navarro simpático e intenso. Un estudiante exitoso. Hoy diríamos que es un tipo popular, fiestero, deportista, alumno brillante y vivo. Es conversador, activo, inagotable. Participa por igual en los debates filosóficos y en los torneos deportivos. Tiene fama de ser uno de los mejores saltadores de la universidad. Es extrovertido. Vive por encima de sus posibilidades, lo que incluye pagar rumbosamente a un criado que lo idolatra. Al principio no es tan acogedor como Fabro con el nuevo compañero. El mero nombre de Loyola evoca enemistades en las luchas familiares, en el pasado, en la historia atravesada de su tierra. Mira

con recelo a este estudiante mayor, del que a veces no sabe si debe fiarse o evitarlo. Pero al cabo de unos meses aprende a tolerarlo. Resulta ser un compañero cómodo, que reporta bastantes ventajas; entre ellas siempre se le puede pedir alguna ayuda económica cuando la bolsa se vacía, y eso, para Javier, es incentivo más que suficiente para mantener una relación cordial.

A veces, en esas noches en que Ignacio y Fabro se pierden en interminables conversaciones espirituales, Javier, inclinado sobre sus libros, a la luz de una vela que multiplica el baile de sombras, y fingiendo indiferencia, escucha y reflexiona. Otras veces es Ignacio el que, ante algún nuevo éxito del navarro, ufano por tener más alumnos de los que puede atender, por algún triunfo deportivo o por el halago de algún doctor, le recuerda, entre la broma y la seriedad, casi como una muletilla, «Francisco, ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma?». A pesar de su espíritu orgulloso, esa burla tolerable y familiar del otro no le irrita, porque percibe que hay cierta verdad en esas palabras, y también descubre un fondo de aprecio profundo y sincero en la manera en que Ignacio le habla. Además, ¿no son sus modales los de alguien que podría tenerlo todo? ¿No es su nombre el de una familia poderosa? Javier, que en estos años lucha por que vaya quedando constancia de sus títulos académicos y nobiliarios, no puede menos que preguntarse qué lleva a este extraño compañero a ser tan indiferente a todas esas dignidades en las que se fundamenta la estima y consideración de los hombres.

El proceso de acercamiento es distinto. Ignacio va descubriendo con admiración los valores de este mucha-

cho vivaz y apasionado. De algún modo le recuerda su propia intensidad en los años de juventud. Le parece un diamante que ha de pulirse. Sabe que las conversaciones con él nunca son vacías, que procesa todo lo que oye. Que piensa, y probablemente reza sobre ello, aunque no dé señal. Pasan casi cuatro años en ese tira y afloja, en ese juego de palabras y silencios, de bromas y conversaciones serias, de préstamos nunca devueltos y duelos dialécticos. Hasta que una noche en que están solos en el aposento Javier rompe su coraza.

Estamos a principios de 1533. Han convivido durante cuatro años. La noche transcurre por los derroteros normales, desgranando comentarios sobre clases, sobre estudios, sobre los progresos de Ignacio, que está a punto de recibir el título de licenciado en filosofía y se prepara para adentrarse, al fin, por los vericuetos de la teología. Javier habla menos que de costumbre. Ignacio percibe en él cierta tensión, la expresión contenida de quien necesita desesperadamente hablar pero no sabe cómo hacerlo. El muchacho calla, con las manos cubriendo su rostro, restregándose los ojos como si quisiese exorcizar fantasmas que le inquietan. Ignacio interrumpe su discurso. Se levanta y cruza la habitación hasta sentarse, en un banquillo, junto a su atormentado compañero. En un gesto que conjuga la ternura con la severidad pone una mano en su hombro, como tratando de hacerle volver de la sima en que parece hallarse. «¿Qué ocurre?». Javier le mira con ojos implorantes. Parece tan perdido, tan vulnerable en ese momento... De nuevo la pregunta, sencilla: «¿Qué tienes, mi hijo?». Este contacto, que combina la

cercanía del amigo, la confianza del hermano y la fuerza del padre desata el nudo que atenaza a Javier. Rompe a llorar, con sollozos primero incontinentes, después más sobrios. Una larga conversación, que primero es monólogo y después diálogo, se come la noche. Durante horas emerge a la superficie la lucha que ha mantenido durante años. Cómo ha tratado de resistirse, disidente primero, inquieto después, a una fuerza que, por dentro, le empuja a aprender de Ignacio o del mismo Fabro. Una energía que le ha ido haciendo perder el gusto por todas esas cosas que hasta ahora le resultaban imprescindibles, y que, sin embargo, percibe cada vez más huecas. Cuanto más habla más necesita decir. Es la suya una mezcla de explicación y disculpa, de rendición y canto. Como un largo salmo en el que volcase su alma, hablando sobre Dios y sobre el mundo. Las preguntas que Javier nunca quiso o supo hacer encuentran ahora respuestas en un interlocutor que, admirado por la intensidad del navarro, se limita a contestar con su pobre verdad, sabedor de que Dios ha de ser el mejor alfarero para el barro limpio que ahora se pone en sus manos. Sólo al amanecer, exhausto, Javier se echa en su catre y se duerme con una paz recuperada. Ignacio reza, en silencio, con quieta gratitud.

A partir del día siguiente Francisco se ha convertido en discípulo. Poco tiene que hacer Ignacio, pues el salto está dado. Tanto como se resistió antes, ahora se entrega a un proceso de maduración interior, de encuentro con Dios y de pasión por su Reino. También hará los ejercicios, pero no todavía. Cambia su vida. Despide a Miguel de Landívar, su criado, que culpando a Ignacio

por la transformación de su señor, tratará de agradecerle, pero sin ningún resultado. Francisco sella aquí su propio viraje, su peregrinación interior que le ha de llevar a extender esta pasión por el Dios que descubre hasta los confines de la tierra. De esta escuela compartida saldrá una amistad férrea. También Francisco, cuando Ignacio al fin le hable de Jerusalén, se siente parte del mismo proyecto.

Y como ellos, otros más. Muchos le buscan. Se habla de su facilidad para entablar conversaciones profundas, que ayudan a las personas a crecer; cambiar, vibrar, asomarse al evangelio de un modo diferente. Les enseña a examinar la propia vida. Les ayuda a encontrar el sentido a una práctica sacramental honda y frecuente. Les invita a vivir conscientes de la presencia cercana de Dios... Y algunos de esos jóvenes experimentan la misma atracción y conversión que les impulsa a tomar como propio ese proyecto de peregrinar, consagrarse a Dios, ayudar al prójimo en Tierra Santa. No hay estridencias ni precipitación en este proceso. No hay aquellos extremismos que impidan estudiar. Cada quien sigue con su vida. Al principio ni siquiera saben que hay más como ellos. Ignacio no quiere repetir errores. Ha comprendido que la decisión de cada uno tiene que ser personal, única, basada en su propia fe y su propia respuesta a Dios, y no quiere gregarismos mal discernidos. Por eso nada dice a los que acompañan acerca de que hay otros. Y así va creciendo un pequeño grupo que, sin saberlo, está llamado a compartir mucho.

Diego Laínez es un estudiante brillante. Pequeño,

sonriente, sus ojos vivos muestran una sagacidad notable. Sus antecedentes judíos le han creado a menudo problemas en una España siempre pendiente de la pureza de sangre, pero no tiene ningún complejo por ello. Se sabe inteligente, y, sin usar su talento como arma contra otros, tampoco se deja avasallar por nadie. Proviene de Almazán, y llega a París en 1533, junto con su amigo Alfonso Salmerón. Ambos han estudiado juntos en Alcalá. Ahora, con 21 años recién cumplidos, y graduado como maestro en Artes, Laínez quiere completar su formación estudiando teología.

Salmerón es aún más joven, tan sólo cuenta con 18 años, pero su amistad y confianza con Diego, a quien conoció en Alcalá, le ha animado a echarse a los caminos. Espera graduarse en artes en París, y tal vez continuar también estudios de teología. Viene de un hogar bastante pobre, y es consciente de que tiene que aprovechar el tiempo y su vida, para responder al sacrificio de sus padres, que han dado más de lo que podían para que este hijo suyo pudiese estudiar y llegar lejos algún día. Ambos encuentran a Ignacio. ¿Tal vez se reconocieron de los tiempos alcaláinos? ¿O fue Juan Peña, de la misma diócesis de Sigüenza a la que pertenecía Laínez, el que los puso en contacto? ¿Puede ser que otros estudiantes les hablasen de cierto español muy particular que cada domingo reúne a bastantes jóvenes en la Carruja para hablar de cosas de Dios? El caso es que, cada uno por su lado, ambos se van dejando contagiar del espíritu de Dios al que se asoman en Ignacio. Ambos por separado harán los ejercicios, y se sentirán llamados a sumarse a ese proyecto en Tierra Santa.

Como también el palentino Nicolás Alonso, a quien pronto empieza a conocerse en París como Bobadilla, por ser el nombre de su pueblo. También llega a París en 1533. Es un hombre infatigable, alegre e impulsivo. Tiene la franqueza y la insensatez de un adolescente, pero por otra parte, a sus 24 años ya ha dado muchísimos pasos. Ha estudiado en Alcalá y Valladolid, donde además ha enseñado durante los últimos años. Es maestro en artes y tiene ya estudios de teología. Ahora quiere especializarse en las lenguas bíblicas: latín, griego y hebreo, y para ello le han recomendado París. También entra en contacto con Ignacio. Tal vez cuando en una conversación él le recomienda estudiar teología escolástica y no adentrarse en los estudios de lenguas, que son en ese momento caldo de cultivo de herejías, se siente con fiado con este hombre que le habla claro y parece tener criterios lúcidos. Se caen bien. Y así empieza también Bobadilla su propio proceso de búsqueda.

El último de los compañeros estaba ya en Santa Bárbara cuando Íñigo entró por sus puertas aquel primero de octubre de 1529. Simón Rodrigues de Acebedo había llegado a París en 1527, con 17 años y ganas de estudiar, favorecido por una beca del rey de Portugal. Desde entonces vive en el colegio de Santa Bárbara. Este portugués, a ratos alegre y a ratos nostálgico, lleva en su sangre la alegría y la melancolía del fado. Durante un tiempo observa con curiosidad a Ignacio. Descubre con añoranza la amistad de esos compañeros del tercer piso, que parecen siempre alegres. Se hace el encuentro. Busca a Ignacio sin querer ser demasiado claro, tal vez por una mezcla de pudor y reserva. Hasta que final-

mente un día le pide ayuda y le descubre su corazón, le habla de sus anhelos, su sed que nunca parece colmarse, su tristeza que a veces oculta bajo esa capa de alegría. También él encontrará en las palabras, el ejemplo y la guía de Ignacio, el camino hacia el evangelio.

Finalmente Ignacio los reúne. ¿Los invitó un día a conversar? ¿Fue uno de esos domingos en la Cartuja, cuando descubrió a cada uno las intenciones de los demás? Fuera como fuese, pasaron a convertirse en un grupo con un proyecto común. Ocurrió en la primera mitad de 1534. De golpe ya no eran personas tratando de encontrar sus caminos particulares. Ni únicamente amigos dispuestos a compartir el proyecto de Ignacio. Eran un grupo. Se sentían así. Siete hombres brillantes, cultos, con personalidades arrolladoras, testigos de un mismo evangelio y portadores de una vivencia interior profunda. Conscientes de sus propias fragilidades y de sus fortalezas. Enamorados de un Jesús pobre y humilde que, tal y como lo conociera Ignacio en Manresa, vivían ahora como presencia común. Deseosos de compartir una vida apostólica en Jerusalén.

Descubrir a ese grupo de hombres, aglutinados por la fuerza carismática de Ignacio, pero sobre todo por su pasión creciente por el evangelio, invita a pensar. A imaginarlos charlando largas horas, compartiendo inquietudes, deseos, proyectos. Invita a asomarse a sus diferencias: de carácter, de origen, de personalidad y de perspectivas. Su etapa de París debió ser un tiempo muy feliz. Pobres en casi todo, pero ricos sin duda. Compartiendo ese tiempo primero en el que las fuerzas aún no

escasean, y el futuro se abre expectante ante las miradas juveniles dispuestas a llegar lejos. Aprendiendo unos de otros. Contemplando siempre un mundo amplio, y herido, necesitado del Dios que pone la fe y la justicia en los corazones de los suyos.

Algún día Ignacio definirá a este grupo como un grupo de «amigos en el Señor». Es una imagen bonita. Porque incluye lo afectivo y lo espiritual. Son amigos, y como tales, se valoran, se quieren, a veces discutirán y otras estrecharán sus lazos. En ocasiones necesitarán del perdón, y siempre de la confianza y el darse una oportunidad más. Son distintos. Y encajan de maneras diferentes. Y se definen «en el Señor», porque comparan una fe y una espiritualidad que les ayuda a vivir con un proyecto común, desde ese tronco recio que es su fe viva y la relación con Dios. Y eso les hace mucho más fuertes en la comprensión recíproca de unos y otros. Una fe que les enseña a mirar el mundo, cada uno con sus ojos, y al tiempo con una perspectiva intuida en ese Dios que también se asoma, con infatigable esperanza, a las alegrías y tristezas de la humanidad.

Es importante construir amistades con suelos firmes. Y la fe puede ser un buen cemento o una tierra fértil donde enraícen nuestros afectos. Tal vez porque la fe, cuando se interioriza, cuando se convierte en algo personal, te ayuda a vibrar con palabras cargadas de significados, con sensibilidades compartidas, con formas de abrazar la vida.

Ese grupo parisino también ilumina nuestro presente. En un mundo como el nuestro, de muchas soledades y abundantes comunicaciones, tal vez es

hoy también el evangelio la base firme en la que, como personas, podemos asomarnos unos a otros.

Hay un tipo de amistad así. Que comparte miradas y proyectos. Que perdona, porque se sabe perdonada por el que es mayor. Que comprende la fragilidad y la herida, y valora la fortaleza como talento compartido. Que está hecha de risa y compromiso, de lágrimas desveladas y brazos que apoyan. Una amistad de ternura y firmeza, de sinceridad compasiva, de novedad y rutina, de descanso y tarea, de crisis y renacer. Crece con el tiempo. También pasa por su infancia y por su adolescencia, por su idealismo jovial y por la sabiduría adulta. Se aquieta y se serena, pero sin gastarse. Tiene nombres, cada quien sabe cuáles. Y evoca historias, conversaciones, gestos, encuentros, caminos cruzados y descruzados. Sabe abrazar, pero sin poseer. Sabe acoger, y también deja partir.

La que Ignacio aprende en Dios, hablando con él como un amigo habla a otro amigo. La que ese grupo de compañeros descubre en París. La que seguimos viviendo hoy, desde el cariño y la confianza, tantas personas que compartimos sueños y proyectos. Tratando de vivir, como un día dijera otro amigo bueno, con palabras prestadas, arraigadas y cimentadas en la caridad.

### Montmartre. El fin de una etapa

Juntos celebrarán la ordenación sacerdotal de Pedro Fabro, y juntos empiezan a proyectar. ¿Qué hacer?

¿Cómo? Piensan, planean. Va tomando forma un proyecto en el que cada uno aporta sus propios matices. Quieren vivir dedicados a cuidar de los más desprotegidos, curando las heridas de un mundo golpeado y predicando la palabra de Dios. Para que el mundo se vuelva a su creador, y cada ser humano le descubra, le alabe y le sirva. Y quieren vivir en pobreza. Una pobreza atenuada ahora por la necesidad de completar sus estudios de teología, pero que se hará más extrema cuando terminen esta etapa. Y amar en castidad. Una castidad que dos de ellos —Ignacio y Fabro— ya han prometido a Dios.

El sueño de Jerusalén sigue ahí. Discuten si han de ir para quedarse o para volver. El mismo Ignacio, ansioso por gastar su vida en aquellas tierras, es consciente de los obstáculos que van a encontrar para permanecer allí. Y, por otra parte, ¿no es en este momento el Mediterráneo un hervidero de tensiones y peligros? ¿Seguirá saliendo La Peregrina, puntualmente, cada año, desde Venecia? Todo eso lo hablan, con seriedad, con esperanza, con inquietud, confiados en Dios que les conducirá aunque aún no sepan bien adónde. Poco a poco se va perfilando un proyecto común.

¿Conviene expresar este propósito que comparten de algún modo especial, ahora que se sienten como un grupo que comparte un horizonte? No podemos olvidar el contexto. Es el suyo un mundo de ceremonias y rituales, una sociedad de gestos y símbolos, donde todos los eventos significativos se celebran y se expresan. ¿No han pasado muchos de ellos por graduaciones solemnes? Ignacio mismo ha pertenecido en su juventud a una

corte, y comprende la importancia de lo expresivo y protocolario. Viven en un París que celebra procesiones espectaculares, y en un universo de liturgia y ritual, de solemnidad y memoria empalabrada. Un mundo más inmediato que el que hoy conocemos, en el que las imágenes no llegan de fuera, sino que uno las construye, las vive, las celebra. No es de extrañar que estos siete hombres quieran expresar con algún tipo de compromiso solemne su nueva hermandad, su sensación de fraternidad, su recién descubierta amistad en el Señor y su compromiso de futuro.

Todo eso confluirá en los votos de Montmartre, que pronuncian el 15 de agosto de 1534. La colina de los mártires, Montmartre, está muy lejos de ser el tumultuoso barrio de artistas en que se convertirá en el futuro, y tampoco existe en ella la enorme basílica del Sacre-Coeur, que sólo se levantará, blanca y poderosa, dentro de trescientos años. El lugar al que van los compañeros es un monte tranquilo, aún en las afueras de la ciudad que crece. Allí hay una capilla pequeña, dedicada a san Dionisio y sus compañeros de martirio, Rústico y Eleuterio. No es difícil para un grupo encabezado por un sacerdote conseguir de las monjas benedictinas, que desde la abadía próxima cuidan de la capilla, el permiso para celebrar la Eucaristía en la cripta. Allí se juntan los compañeros en la mañana de la Asunción.

Se recogen en silenciosa oración. Cada quien es consciente de lo especial de este momento, de lo simbólico y al tiempo lo auténtico del gesto que se disponen a compartir. Cada uno se sume en su plegaria distinta. Recordando los rostros lejanos de seres queri-

dos, pidiendo por los nuevos compañeros, acudiendo a Dios, desde la fluidez y la intensidad, desde las incertidumbres y, sobre todo, la confianza.

Ignacio da gracias a Dios. Se sabe bendecido con estos compañeros de camino. De algún modo se siente un poco padre de cada uno de ellos. Les ha dado los ejercicios a todos, excepto a Francisco, que se dispone a hacerlos en fechas próximas. Los conoce. Ha sido testigo de la forma en que Dios les iba moldeando. Y al tiempo reza en silencio agradecido por su propio camino. Por el trayecto recorrido en los trece años transcurridos desde Pamplona. En silencio percibe, una vez más, la íntima comunión que le une a ese Dios que le abraza y le llena.

En la Eucaristía y antes de la comunión cada uno de los siete compañeros promete con voto lo que juntos han acordado. Vivir en pobreza y en castidad, trabajando para atender a los más necesitados y predicando el evangelio de Dios. Y prometen también hacerlo en Jerusalén. Si no pudiesen llegar a ese destino anhelado, o si una vez allí no pudieran quedarse, entonces se pondrán al servicio del Papa en Roma, para que este los envíe a donde considere necesario. Este es su compromiso. Lo sellan con la comunión.

Juntos celebran sobriamente el resto del día: una comida frugal, una tarde tranquila, de bromas y palabras, de silencios y juegos, viendo desde la colina la ciudad llena de vida. Desde ese momento se sienten más cercanos unos a otros, el vínculo que les une parece más tangible ahora que lo han consagrado en esa pro-mesa compartida.

Tras Montmartre sigue la vida cotidiana. Aunque ahora ya tienen fechas y plazos en el horizonte. Ignacio avanza en sus estudios de teología, que ha emprendido en Saint-Jacques, con los dominicos. También los otros siguen su preparación. Continúa puliendo el texto de los ejercicios, que prácticamente en París adquiere su estructura definitiva.

Es muy particular la experiencia de esta etapa para el grupo. Cuando en el futuro otras opciones y otras concreciones vayan tomando cuerpo, siempre quedará el recuerdo, para todos alegre, para algunos nostálgico, de esta primavera de deseos e inocencia, de propósitos y esperanza. Son tiempos de conversación y luz, de proyecto y deseo. En que descubren esta amistad profunda que les une aún sin fisuras. La vida, luego, pondrá cargas y dificultades. Dios les llevará por otras sendas. Las fortalezas y debilidades de cada uno seguirán pesando —siempre— y siendo fuente de luces y sombras. Sus aprendizajes y sus manías seguirán ahí, creciendo, como sabiduría y como cansancio; que también envejecer y derramarse forma parte de la vida. Y tal vez entonces, más ajados y gastados, más lúcidos, y más humildes, seguirán recordando este tiempo primero de encuentro, de fiesta y de promesa.

En el horizonte se apunta una fecha: el 25 de enero de 1537. El día de la conversión de san Pablo. Una fecha que expresa también la mudanza de sus vidas. Para ese día cuentan con haber terminado los estudios, y entonces partirán hacia Venecia, para embarcar. Ignacio piensa en lo diferente que se ve ahora de lo que

fue su primer peregrinaje, cuando partiera, solo, recién convertido, doce años atrás.

Sin embargo en ese inicio de 1535 algo inesperado viene a complicar sus planes. Ignacio se siente enfermo. Está muy débil, y aunque él no quiere mostrarlo, sus compañeros lo perciben rápidamente. Sus excesivas penitencias, la vida exigente que lleva, el rigor de sus estudios y su escasa alimentación pasan factura. Su estómago nunca ha llegado a recuperarse de los excesos manresanos, pese al tiempo transcurrido. Pero esta vez parece estar más afectado, con altas fiebres intermitentes que hoy remiten y mañana regresan. Los médicos no saben qué hacer con él. Terminan recomendando que se vaya. ¿Por qué no regresa a España? ¿Por qué no vuelve a su casa, a respirar los aires frescos de Loyola? El verdor del valle, la frescura del ambiente, los aromas familiares seguro que hacen bien al peregrino.

Duda. No quiere comprometer el proyecto del grupo. Sin embargo los compañeros son los que más insisten. «Ignacio, sería mucho peor que tengas que ir a Jerusalén enfermo». «Podrías visitar a nuestras familias, y contarles lo que nos está pasando». Esta última propuesta parece decidirle. ¿Por qué no? Además, también ha aprendido en su itinerario que el rigor y la austeridad no están refidos con el cuidado y la mesura. Hay un tiempo para la exigencia, y otro para dejarse cuidar. Tal vez pueda pasar unas semanas en casa, con los suyos. ¿Le reconocerán en su tierra? Quince años es mucho tiempo. ¿Qué saben ellos del joven soldado que un día abandonó la casa torre camino de Navarrete? Ignacio

también se siente en deuda con los suyos. Quiere compartir con ellos esta nueva vida.

¿Por qué no ha vuelto antes? Tal vez porque esperaba poder mostrar algo concreto, un proyecto, una vida hecha. Lo que ahora sí tiene. Quiere que le conozcan como es al presente, con sus proyectos, sus sueños y sus deseos. Sabe que no va a ser fácil. Le inquieta la idea de la casa torre, con sus lujos provincianos y sus comodidades de señor local. ¿Cómo estará Martín? ¿Seguirá el reproche ahí plantado, asomando a su rostro? ¿Será capaz de comprender algo?

Ya está Ignacio planeando con los suyos, discutiendo, decidido a marchar. Hablan sobre fechas. ¿Cuándo? ¿Dónde habrán de encontrarse de nuevo? Y en medio de los preparativos, un jarro de agua fría. Han vuelto a suscitarse rumores e inquina contra él. Parece ser que la Inquisición anda detrás de los ejercicios, que Ignacio aparece sospechoso ante las autoridades, que alguien ha hecho nuevas denuncias... ¿Para esto ha estudiado? ¿Para esto lleva siete años en París? No puede ni quiere evitar la irritación que refleja su rostro y tensa su cuerpo. Este hombre manso y tranquilo también puede ser resolutivo y enérgico. Como hiciera ya años atrás, se dirige al inquisidor. «Fray Valentín, soy Ignacio de Loyola. Creo que le han hablado de mí». La conversación es cordial. El dominico no parece preocupado por lo que ha oído de Ignacio, aunque es cierto que ha habido acusaciones. Le pide revisar los ejercicios. Su acogida no puede ser más benévola. Tras aprobar el texto únicamente pide quedarse con una copia, pero por gusto, no por

encontrar ningún inconveniente. Ignacio esta vez no está tranquilo. Quiere un veredicto. No le basta con que le despidan con buenas palabras. Si años antes las sentencias fueron de prohibición, ahora cree imprescindible que haya una palabra de autoridad, un dictamen que confirme su ortodoxia. El inquisidor parece resistirse, y es el propio Ignacio el que trae notario y testigos. Demasiados conflictos ha vivido en carne propia. Y demasiadas persecuciones y alguna que otra hoguera ajena ha visto en estos años de París como para permitir que la sombra de la duda ponga en peligro su venidera labor apostólica. Prefiere jugar fuerte antes que amilanarse. Al fin se va tranquilo, quedando constancia de su fidelidad a la doctrina de la Iglesia.

Una mañana fría, cuando comienza la primavera de 1535, Ignacio parte. Los compañeros le han comprado un caballo. Es un jamego viejo, pero es un hermoso gesto y una gran ayuda para este al que despiden con pena. Ignacio se va tranquilo. Sabe que Fabro seguirá cuidando del grupo. No es que haya entre ellos autoridades o jerarquías, pero de alguna manera, en ausencia de Ignacio, parece evidente que se volverán al saboyano en espera de una cierta guía. Tal vez por ser el primero que emprendió camino con Ignacio. O porque ya se percibe en él una facilidad y profundidad únicas para dar los ejercicios. O por tratarse del único sacerdote del grupo. Ignacio sabe que será Pedro quien, discreto y serio al tiempo, los conduzca. Por eso desecha los pensamientos que le hacen recordar otra despedida, la de aquellos primeros compañeros hispanos. Cuando finalmente se aleja del grupo, que queda en una orilla

del Sena, viéndole partir, se siente ya impaciente por reencontrarlos, por avanzar en esta aventura. Ya intuye a lo lejos, siempre anticipando lo que está por llegar, el verdor de Loyola, la belleza de Venecia y la sequedad plerótica de Jerusalén.